

ct

Las ávidas raíces

de
Ruth Vilar

(fragmento)

II.

I.

MADRE

Lección primera: tú eres yo. Y te di estas dos orejitas para que me oigas bien.

HIJO

¿Puedo escuchar el canto de los pájaros?

M

No, eso no. Y te di estos dos ojos verdes para que me mires bien.

H

¿Y puedo ver la luna de noche?

M

No, eso no. Y te di una boca inocente para que me hables bien.

H

¿Puedo cantar canciones alegres?

M

No, eso no.

Los pies del HIJO cobran impulso por sí solos. Él anda, corre y salta.

H

¿Para qué me dio los pies?

M

Para que te sostuvieses derecho y quietecito como un niño bueno. No te distraigas. Te di brazos para abrazarme, dedos para acariciarme, corazón para quererme más que a nadie en este mundo.

H

No hay nadie más.

M

Estás tú.

H

¿Debo quererla más que a mí mismo?

M

(*Asiente.*) Así te quiero yo. Y yo soy tú.

Corretean risueños: ella lo persigue y él se escapa.

[...]

5.

MADRE

Lección centésima. Come y calla.

HIJO

¿Por qué estamos siempre usted y yo solos?

M

Sopa de ajo. ¡Fíjate qué bien huele! Sopla, que quema.

H

¿Qué hay exactamente detrás de los zarzales?

M

Empanadillas de col, sesos de liebre y huevo duro. ¡Para fortalecer tu salud quebradiza! Mastica veinte veces cada bocado, que luego te atragantas.

H

Madre, ¿cómo me hizo?, ¿podría hacer a otros?

M

Pato salvaje asado con espárragos trigueros. ¡Que no se enfríe!

H

¿Quién nos encerró aquí? ¿No siente a veces ganas de escapar? ¿De talar las zarzas?

M

Tarta de moras. Tu preferida. Y sin zarzas no hay moras, criatura.